

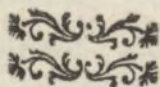
TER TULIA
DE LA ALDEA,
Y MISCELANEA CURIOSA
DE SUCESOS NOTABLES,
AVENTURAS DIVERTIDAS, Y CHISTES
graciosos, para entretenerse las noches del In-
vierno, y del Verano.



PASATIEMPO III.

DASE EN ESTA LA HISTORIA FAMOSA DEL Robo de la noble, y hermosa Leocadia : sus tiernos y extraños lances, con el fin dichoso de sus tragedias. Continúa la de Don Quijote; su segunda salida, en que lleva por Escudero á Sancho Panza. Aventura de los Molinos de viento, Gigantes en su desvaratada imaginacion. La de los Monges Benitos, que los tuvo por Nigromanticos, en que Sancho es molido á coces y patadas. Siguen los Cuentos. El del Pan-carro. Otro de un tuno, que se hizo Juez en la causa de un Burro, que subió aun texado á pacer la yerva, y le desvarató. Otro dicho agudo de unos Andaluces que encontraron aun hombre muy pequeño á caballo : Otro de un Abogado romo, y un Juez narigon. Otro de un Abogado tuerto, que siempre trahia anteojos; y otros.

TOMO PRIMERO.



CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año de 1775.

TERCERA DE LA ALDEA Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCEOS NOTABLES



VENTURAS DIVERIDAS, Y CHISTES
Graciosos, para entretenirse las noches del invierno, y del Verano.

PASATIEMPO III.

BASE EN ESTA LA HISTORIA FAMOSA DEL
Robo de la noble y hermosa Leonor: sus tiernos y extra-
ños lances, con el fin dichoso de sus trabajos. Continúa la de
Don Quijote; su segunda salida, en que lucha por Escudero y
Sancho Panza. Aventuras de los hijos de viento, Gigantes en
su destrucción, y otras cosas. La de los Moisés Benito, que
se desvanecen en la nada, en una aventura muy a reír y
que se dice que es la causa de no ser, que sabe que
también de parte de guerra, y se desvanecen, Ocho días de
amor y lances que convierten a don Quijote en un hombre de
bello: Otro de un Abogado vago, y un juez varagón. Otro
de un Abogado travieso, que siempre traba a los jueces y otros.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA

IMPRESO: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año de 1772.

NO es ponderable el gusto, y aficion que havian tomado los Tertulios à su nocturna diversion, donde olvidados ya del trabajo, y fatigas del campo, se recreaban las noches alegremente en la cocina de Anton Terrones sin ofender à nadie: y así, todos estaban tan puntuales al anochechar à su puerta, que estaban impacientes de que llegase la hora de entrar. La tia Galga salió luego que los vió en monton, y les dijo: Señores, siempre y quando ustedes quieran hacerme merced, podrán entrar à honrar mi cocina, que ya todo està preparado. Respondieron todos: Allà vamos tia Galga, que por el pronto ha ocurrido aqui un asunto, que creerémos luego se difina. Era el caso, que el Hidalgo Benavides, y el Escribano havian yá leído algunas Historias de las que les trajo Mauro Pellejero de Madrid, y disputaban sobre dos, qual de ellas se estendia mas en erudicion, citaba mas Autores, tenia mas latines, y

jugaba mas de la Escritura, y Santos Padres. Es verdad, que las dos Historias eran Sagradas; porque una era *De la Debastacion de Ferusalén, y ruina del Pueblo Judaico*; y la otra *Del Diluvio Universal, y destruccion del Genero Humano*. La disputa se hizo tablas con lo que dijo el bufon del tio Bermejo: Señores ustedes porfian sin juicio en una cosa que en menos de un quarto de hora està desatada. Hay mas que traer mañana las dos Historias al cónclave, y medirlas con la vara de medir de la tia Galga, contar los Autores, y latines que se encuentren con los Santos Padres, y Escritura que citan; y de esta suerte estamos de la otra parte. Echó un jarro de agua el tio Bermejo con la bufonada à los de la disputa, y dejando de porfiar, se entraron todos de tropel, riendose del disparate, y ocurrencia tan extraordinaria.

Acomodaronse todos al calor del fuego, y el Hidalgo Benavides dijo: Señores, he ob-

servado estas noches pasadas, que el tiempo à todos se les hace corto; y así, hallo por acertado no ocuparle en preambulos, y empezar luego que nos sentemos la Asambléa: y así, es justo, que lo que ha de ser, sea pronto. Empecemos.

Una noche de las calurosas del verano bolvian de recrearse del rio en Toledo un anciano Hidalgo con su muger, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo. Venia el buen Hidalgo con su honrada familia lejos de pensar el desastre que le sucedió. Bajaba ácia el rio por el mismo camino un Caballero mozo, y de distincion, de la misma Ciudad, con otros quatro amigos suyos, tambien mozos, todos alegres, y todos insolentes. El Cabellero, que se llamaba Rodolfo, con deshonesta desemboltura, y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas,

y burlas; y sin desmandarse à mas, pasaron adelante. Pero la mucha hermosura que havia visto Rodolfo en Leocadia, que así se llamaba la hija del Hidalgo, comenzó del tal manera á imprimirse en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un impuro deseo. Comunicó su pensamiento con sus camaradas, y luego se resolvieron de bolver, y robarla, por dar gusto á Rodolfo.

Determinados à ello, se pusieron los pañuelos en los rostros, y desembaynadas las espadas, bolvieron. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiendola en brazos, dió á huír con ella, la qual no tuvo fuerzas para defenderse; porque el sobresalto la quitó la voz, y desmayada, no vió quien la llevaba, ni adonde la llevaba. Nada valieron los gritos, y llores de sus padres, pues no fueron oídos por la soledad del sitio: además, que los compañeros hicieron como detenerlos, y hacer que no gritasen. Rodolfo llegó á su casa con la presa; y sin ser visto, se entró con ella en su quarto, que le

te-

tenia aparte, y desviado de sus padres. Considerese como se bolverian los padres de Leocadia à su casa: no havia consuelo para ellos, sin saber qué hacerse, ó si darían noticia de su desgracia á la Justicia, ó desistir, temerosos, no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonor. Asi pasaron mucho rato indecisos su determinacion.

Rodolfo, que llegó á su casa, y à su quarto con Leocadia, à la qual, puesto que sintió, que iba desmayada, la havia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la lleva, ni la casa, ni el aposento donde estaba; antes que de su desmayo bolviere cumplió su impuro deseo en ella: y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del termino del cumplimiento de ellos, quisiere luego Rodolfo, que de alli se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponerla en la calle asi desmayada como estaba: mas yendolo á poner en obra sintió, que bolvia en sí Leocadia, dicién-

do: Adónde estoy desdichada de mí? Qué obscuridad es esta? Estoy en el limbo de mi inonencia, ó en el infierno de mis culpas? Escuchasme madre, y señora mia? Oyesme querido padre? Ay sin ventura de mí! Dónde estoy? Pero yà me acuerdo; que nunca yo me acordára, que hà poco que venia en compañía de mis padres, y me saltearon. O tú, qualquiera que seas, aqui estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos à Rodolfo) si es que tu alma admite genero de ruego alguno, te ruego, que yá que has triunfado de mi fama, triunfa tambien de mi vida: quitamela almomento, que no es bien, que la tenga la que yá no tiene honra. Mira, que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme se templará con la piedad que usarás en matarme; y asi, en un mismo punto vendrás à ser cruel, y piadoso.

A todo callaba Rodolfo confuso de las razones de Leocadia. Mas yá que vino à conocer, que era mancebo, pues con las manos procuraba de-

sen-

sengañarse si era fantasma, ó sombra el que con ella estaba, añadió: Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hecho, que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hechos, con sólo el que me prometas, y jures, que como la has cubierto con esta obscuridad, la cubras con perpetuo silencio, sin decirlo à nadie. Haz cuenta, que me ofendiste por accidente, sin dar lugar à ningun buen discurso: yo lo haré de que no nací en el mundo, ó que si nací, fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle, ó à lo menos junto à la Iglesia Mayor, porque desde allí bien sabré bolverme à mi casa. A nada respondia Rodolfo: si solo empezó à dar muestras de querer bolver à confirmar su gusto, y en ella su deshonra. Pero Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometian, se defendió con los pies, con las manos, dientes, y lengua, diciendo: Haz cuenta, traydor, y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado

son los que pudiste tomar de un tronco, cuyo vencimiento, y triunfo ha de redundar en tu infamia, y menosprecio. Por el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte.

Finalmente, tan gallarda, y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas, y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y cansado, sin hablar palabra alguna, dejó à Leocadia en su cama, y cerrando el aposento, se fue à buscar à sus camaradas, para aconsejarse con ellos de lo que debia hacer. Sintió Leocadia, que quedaba sola, y cerrada; y levantandose del lecho, anduvo todo el aposento tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por donde irse, ó ventana por donde arrojar. Encontrò la puerta bien cerrada, mas halló una ventana, que pudo abrir; pero tenia reja, y caía à un jardin, con tapias muy altas: con que todo lo hallaba imposible. No obstante, abierta la ventana, entraba por ella resplandor de la Luna, tan clara, que pudo distinguir todo lo

lo que el quarto contenia. Vió, que era dorada la cama, y ricamente compuesta. Notó las colgaduras del aposento, sus quadros, y donde estaba la puerta: contó las sillas, y los escritorios; cuyos adornos la dieron á entender, que el dueño era hombre principal, y rico. Vió en un escritorio, que estaba junto á la ventana, un Crucifijo pequeño, todo de plata, el qual tomó, y se le puso en la manga, no por devocion, ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo. Hecho esto, cerró la ventana, y se bolvió á la cama, esperando, qué fin tendria el mal principio de su suceso.

De alli á media hora sintió abrir la puerta del aposento y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra, la vendó con un pañuelo los ojos: la qual era Rodolfo, que se arrapintió de comunicarlo á sus compañeros. Sacóla del quarto, y llevó á Leocadia junto á la Iglesia Mayor, y dejándola alli, se bolvió, sin averiguar adonde iria Leocadia. Quedó sola Leocadia, quitó-

7
se el pañuelo, rreconoció el lugar donde estaba, miró á todas partes; y no viendo persona alguna, marchó apresurada á su casa, sin que nadie la huviese visto. Luego que la vieron sus padres se echaron á ella con los brazos abiertos, y con lagrimas: contóles aparte lo que la havia acontecido, aun todavia sobresaltada, y llorosa, y la ninguna noticia del robador de su honra. Dijoles lo que havia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura; y sacando el Crucifijo, que havia tomado, se le manifestó: ante cuya Imagen se renovaron las lagrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron satisfacciones, y desearon milagrosos consuelos.

Dijo Leocadia á sus padres, que por medio de aquella Imagen se podria venir en conocimiento del agresor, publicando, que quien huviese, ó le huviese faltado un Crucifijo de plata, acudiese por él á tal parte, y entonces se vendria en conocimiento del dueño. A esto replicó el padre: Bien havias dicho, hija mia, si la malicia
no

No se pusiera á tu discreto discurso: pero no imagines, que el dueño él por sí le recoja, por no ser descubierto; antes sí vendrá en conocimiento de quien se le tomó; pues no dudará, que ninguno pudo ser sino tú: y siendo así, antes quedaremos manifiestos que ocultos. Lo que has de hacer, hija, es, guardarla, y encomendarte á ella, que pues ella fue testigo de tu desgracia, permitirá, que haya Juez que vuelva por tu justicia. Y advierte, hija mia, que mas lastíma una onza de deshonor pública, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te dé pena estar deshonorada contigo en secreto. La verdadera deshonor está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con dicho, con el deseo, y con la obra se ofende á Dios: y pues tú, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire, sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes ra-

zones consoló su padre á Leocadia; y abrazandola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla. Procuró vivir recogida de allí adelante debajo del amparo de sus padres, vistiendo tan honestamente, como virtuosa, y pobre.

Rodolfo bolvió á su casa, y luego echó menos el Crucifijo, pero no hizo quenta de ello, ni que sus padres se le pidiesen al tiempo de partirse á Italia, donde le enviaron de allí á tres dias, para que viese tierras, y que como Caballero principal se instruyese en las cosas estrañas. Estuvo por aquellos Países hasta cerca de siete años, transitando de una Ciudad en otra, por ver, y tratar gentes: quando al tiempo yá cumplido se sintió Leocadia preñada, suceso, que renovó en ella las lagrimas, suspiros, y lamentos, sin poderla consolar su madre. Llegóse el punto del parto, y su madre hizo de partera por conservar el secreto. Dió á luz un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato, y secreto que ha-

havia nacido le llevaron á una Aldea, donde se crió quatro años, al cabo de los quales, con el nombre de sobrino, le trajo su abuelo à su casa, donde le criaron. Pusieronle por nombre Luis, por ser el nombre de su abuelo: era hermosísimo, como hemos dicho, de condicion mansa, de genio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de un noble padre engendrado: y de tal manera su gracia, belleza, y discrecion enamoraron à sus abuelos, que vinieron à tener por dicha la desdicha de su hija por haverles dado tal nieto. Quando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones. Unos bendecian su hermosura: otros la madre que lo havia parido: estos el padre que le engendró: aquellos á quien tan bien le criaba.

Llegó el niño á la edad de siete años, en que yà sabia leer, y escribir grandemente; lo que mas es, muy virtuoso, que era en que sus abuelos, y y madre ponian su principal cuidado, quando aconteció,

Tom. I.

que un dia, que el niño fue con un recado de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle, donde havia carrera de Caballeros: puso á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huír de ser atropellado de un caballo, à cuyo dueño no fue posible detenerle en la furia de su carrera. Pasó por encima del niño, y dejóle como muerto, tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apenas esto hubo sucedido, quando un Caballero anciano, que estaba mirando la carrera, con no vista lijereza se arrojó de su caballo, y fue donde estaba el niño, y quitandole de los brazos de uno, que yà le tenia, le puso en los suyos, y sin tener quenta con sus canas, ni con su autoridad, que era mucha, à paso largo se fue á su casa con él, ordenando à su criado, que desde alli fuese à buscar un Cirujano. Muchos Caballeros le siguieron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, y luego corrió la voz, que el

B atro-

atropellado era Lusico, sobrino del Caballero, nombrando á su abuelo.

Llegó la noticia á los oídos de este, y de su encubierta madre; y como desatinados, y locos, fueron à buscar à su querida prenda à casa de aquel principal Caballero, donde yà le estaban curando. El Caballero, y su muger pidieron á los que pensaron ser sus padres, que no llorasen: consolabanlos lo mejor que podian. El Cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo acierto, dijo, que no era tan mortal la herida como él al principio havia temido. En la mitad de la cura bolvió Luisico en su acuerdo, que hasta allí havia estado sin él, y alegróse de ver á sus tios, los quales le preguntaron llorando, que cómo se sentia? Respondió, que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo, y la cabeza. Mandó el Medico, que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar. Hizose así, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino havia usado. A lo qual respon-

dió el Caballero, que no tenia que agradecerle; porque le hacia saber, que quando vió al niño caído, y atropellado, le pareció, que havia visto el rostro de un hijo suyo, à quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarlo en sus brazos, y traerle á su casa donde estaría todo el tiempo que la cura durase con el regalo posible, y fuese necesario. Su muger, que era una noble señora, dijo lo mismo, y aun hizo mas encarecidas promesas.

Admirados quedaron de tanta christiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada; porque habiendo con las nuevas del Cirujano sosegado algun tanto su alborotado espiritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente conoció, que aquella era la estancia donde se havia dado fin á su honra, principio à su desventura. Hizose cargo de la ventana que caía al jardin: conoció, que la cama era la misma donde estuvo, y se la usurpó el honor; y mas, que el propio escritorio, sobre el qual estaba

ba la Imagen del Crucifijo que havia traído, se estaba en el mismo lugar; y sobre todo, los escalones que ella havia contado quando la sacaron del aposento tapados los ojos, eran los mismos. Con señas tan puntuales se certificó claramente, y dió por extenso cuenta à su madre, la qual, como discreta, se informó, si aquel Caballero donde estaba su nieto tenia algun hijo, y halló, que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia. Informóse mas: qué quanto tiempo havia, que faltaba de España, y vió, que eran los mismos siete años que el nieto tenia.

De todo informó à su marido, y entre los dos, y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el qual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y à los treinta se levantó, todo el qual tiempo fue visitado de la madre, y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa, como si fuera su mismo hijo; y algunas veces, hablando con Leocadia Doña Estefanía, que asi se llamaba la

muger del Caballero, la decia, que aquel niño parecia tanto à un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba, que no la pareciese ver á su hijo delante. De estas razones tomó ocasion Leocadia decirla una vez, que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres havia determinado de decirle, que fueron estas.

El dia, señora, que mis padres, oyeron decir; que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron, y pensaron, que se les havia cerrado el Cielo, y caído todo el mundo á cuestras, creyendo, que yá les faltaba la lumbre de sus ojos, y el báculo de su vejez: mas como decir se suele, que quando Dios dà la llaga dà la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias, que no las podré olvidar mientras la vida me durare. Yo, señora, soy noble; porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

C 2

Ad-

Admirada, y suspensa estaba Doña Estefanía escuchando las razones de Leocadia, y como pasmada, que en tan pocos años (pues ella la juzgaba de veinte) cabia tanta discrecion. Esperó á oirla todas las que quiso decirla, que fueron aquellas, que bastaron para contarla la travesura de su hijo, la deshonor suya, el robo, y el cubrirla los ojos, el traerla à aquel mismo aposento, las señas todas de él. Para cuya confirmacion sacó del pecho la Imagen del Crucifijo, con quien empezó à hablar: Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé Juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé, con proposito de acordarte siempre de mi agravio, no para pedirte venganza (que no la pretendo) sino para rogarte me diceses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien haveis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permission fue del Cielo el haverle atropella-

do, para que trayendole à vuestra casa, hallase yo en ella el remedio que mas me convenga: y diciendo esto, abrazada con el Crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la qual, como mujer noble, y compasiva, apenas vió desmayada á Leocadia, quando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lagrimas, que no fue menester esparcirle otra agua encima, para que Leocadia bolviese en sí.

Estando las dos de esta manera, acertó á entrar el Caballero, marido de Doña Estefanía, que traía á Luisico de la mano; y viendo el llanto de Estefanía, y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran prisa le dijessen la causa de donde de procedia. El niño abrazaba á su madre por su prima, y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba, por qué lloraban? Grandes cosas, señor, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagáis cuenta, que esta desmayada es hija vuestra, y este niño

nieto vuestro. Si mas no os explicais, señora, yo no os entiendo; replicó el Caballero. En esto bolvió en sí Leocadia; y abrazada del Crucifijo, parecia estar conversando en un mar de llanto. Todo lo qual tenia puesto en gran confusion al Caballero, de la qual salió, contandole su muger todo aquello que Leocadia la havia dicho, y él lo creyó por divina permission del Cielo, como si con muchos, y verdaderos testigos se lo huvieran probado. Consoló, y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel mismo dia despacharon un correo á Napoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenian concertado casamiento con una muger, hermosa sobre manera, y tal, qual para él convenia. No consintieron, que Leocadia, ni su hijo bolviesen mas á la casa de sus padres, los quales, contentisimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello.

Llegó el correo á Napoles, y Rodolfo, con la golosina de gozar tan hermosa mu-

ger, como su padre le significaba, de allí á dos dias, ofreciendose ocasion de quatro Galeras que bolvian á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le havian dejado, con prospero suceso llegó á Barcelona, y de allí en otros siete por la posta se puso en Toledo. Entró en casa de su padre, tan galan, y tan bizarro, que los extremos de la gala, y de la bizarría estaban en él todos juntos. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba, por no salir de la traza, y orden que Doña Estefanía la havia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía, por haverlos menester para sus designios. Un poco antes de ponerse á cenar llamó á los dos aparte, creyendo sin duda alguna, que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia havia dicho, que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió la dijesen; si se acordaban, que su hijo havia robado una muger tal noche,

tan;

tantos años havia; porque el saber la verdad de esto importaba la honra, y el sosiego de sus parientes, y á ellos de ningún daño: á que confesaron ser verdad, y que una noche de verano, yendo ellos, y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma parte que ella señalaba á una muchacha, y que Rodolfo se havia venido con ella mientras ellos detenian á á la gente de su familia, y que al dia siguiente les havia dicho Rodolfo, que la havia llevado á su casa; y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaban.

La confesion de estos dos fue echar la llave á todas las dudas que en tal caso le podian ofrecer: y así, determinó llevar al cabo su buen pensamiento, que fue éste. Llamó á su hijo Rodolfo, y entrando-se con él á solas en un aposento, le puso un retrato en las manos, y le dijo: Quiero, hijo mio Rodolfo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa: este es su verdadero retrato, que lo que le falta de belleza le sobra de virtud: es noble, y

discreta, y medianamente rica. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo: Si los pintores, que ordinariamente son pródigos de la hermosura, en los rostros, lo han sido tambien con este, sin duda creo, que el original debe de ser la misma fealdad; y así, madre mia, deme compañera que me entretenga, y no que me enfade: y si esta señora es noble, discreta, y rica, como Vm. me lo dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio. La hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote, que con la de la honestidad, y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto, y daré buena vejez á mis padres.

Contentisima quedó la madre de las razones de su hijo, por haver conocido por ellas, que iba saliendo bien con su designio. Respondióle, que ella procuraria casarle conforme á su deseo, que no tuviese pena alguna, que era facil deshacer los contratos: y ahora vamonos á cenar, que nos esperan. Sentaron-

ronse á la mesa el padre, la madre, Rodolfo, y sus dos camaradas, y al descuido dijo Doña Estefanía: Pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huespeda! Andad vos, dijo á un criado, decid á la señora Doña Leocadia, que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que en ella están todos son mis hijos, y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que havia de hacer esta avisada, y advertida Leocadia. Poco tardó en salir, y dar de sí la improvisa, y mas hermosa muestra, que pudo dar jamás compuesta, y natural hermosura. Venia vestida, por ser Invierno, de una saya entera; ó bata, de terciopelo negro, llovida de botones de oro, y perlas, cintura, y collar de diamantes: sus mismos cabellos, que eran largos, y no demasiadamente rubios, le servian de adorno, y tocas, cuya invencion de lazos, rizos, y vislumbre de diamantes, que con ellos se entretejían turbaban la luz de los ojos que los miraban.

Era Leocadia de bizarra, y gentil disposicion, y brio: traía de la mano á su hermosísimo Luisico, hijo suyo, y delante de ella venian dos doncellas alumbrandola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantaronse todos á hacerle reverencia, como si fuera alguna cosa del Cielo, que allí milagrosamente se havia aparecido. Leocadia, con ayrosa gracia, y discreta crianza, se humilló á todos; y tomandola de la mano Doña Estefanía, la sentó junto á sí, frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo, que desde mas cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decía entre sí: Si la mitad de esta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuvierame yo por el mas dichoso hombre del mundo. Valgame Dios! qué es esto que veo? Es por ventura algun Angel humano el que estoy mirando? Y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imagen de Leocadia: la qual, en tanto que la

ce-

cena venia, viendo tan cerca de sí al que yá queria mas que á la luz de los ojos, con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á rebolver en su imaginacion lo que con Rodolfo havia pasado. Empezaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas, que de ser su esposo su madre la havia dado, temiendo, que á la cortedad de su ventura havian de corresponder las promesas de su madre. Consideraba quan cerca estaba de ser dichosa, ó sin dicha para siempre.

En fin, fue la consideracion tan intensa, y los pensamientos tan rebueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á perderse de color en un punto, sobreviniendola un desmayo, que le forzó á reclinarse la cabeza en los brazos de Doña Estefanía, que como así la vió, con turbacion la recibió en ellos. Sobresaltaronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla. Pero el que dió mas muestras de sentimiento fue Rodolfo; pues por llegar presto á ella, tropezó, y cayó dos veces: ni por desabrocharla, ni

echarla agua en el rostro bolvia en sí, antes el levantado pecho, y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte, publicandola los criados yá por muerta. Llegaron estas amargas nuevas á los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia Doña Estefanía escondidos: los quales, con el Cura de la Parroquia, que asimismo con ellos estaba, rompiendo el orden de Estefanía, salieron á la sala. Llegó el Cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de dolor, para absolverla; y donde pensó hallar un desmayado halló dos, porque yá estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia.

Dióle su madre lugar que á ella se llegase, como á cosa que havia de ser suya: pero quando vió, que tambien estaba sin sentido, estuvo á pié que de perder el suyo, y le perdiera, si no viera, que Rodolfo bolvia en sí, como bolvió, corrido de que le huviesen visto nacer tan extremados extremos; pero su madre, como

mo casi adivina de lo que su hijo sentia, le dijo: No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino correte de los que no hicieres, quando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta mas alegre coyuntura. Has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teniamos escogida; que la del retrato es falsa. Quando esto oyó Rodolfo, se agarró con su esposa, y á los gritos, y extremados sollozos, que penetraban los Cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría á los pechos de los circunstantes, que se havia ahuyentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse de ellos; pero él la dijo: No, señora, no ha de ser asi: no es bien, que batalleis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene el alma.

A esta razon acabó Leocadia de bolver totalmente en sí, y acabó Doña Estefanía de no

Tom. I.

llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al Cura, que desposase luego á su hijo con Leocadia. El lo hizo asi al uso de aquellos tiempos con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias, y prevenciones justas, y santas que ahora se usan: lo qual hecho, dejese á otra pluma mas delicada que la mia el contar la alegría universal de todos, los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo, las gracias que dieron al Cielo, y á sus padres, los ofrecimientos de las partes, la admiracion de los camaradas de Rodolfo; y mas quando supieron, por contarle delante de todos Doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo havia robado, de que no menos suspenso quedó Rodolfo: y por certificarse mas este de aquella verdad, preguntó á Leocadia, le dijese alguna señal, por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle, que sus padres lo tendrian bien averiguado. Ella respondió: Quando yo recordé, y

C

bol.

1.
bolví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero al bolver del que ahora he tenido, asimismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada. Y si esta señal no basta, baste la de una Imagen de un Crucifijo, que nadie os la pudo hurta sino yo, si es que por la mañana la echasteis menos: y si es el mismo que tiene mi señora, vos lo sois de mi alma, y lo sereis los años que Dios ordenáre, bien mio: y abrazandola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones, y parabienes que les dieron.

Vino la cena, y vinieron músicos, que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del hermosísimo rostro de su hijo Luisico, que agarrado con él, y besandole con intension mucha, no acertaba á desprenderle de sus brazos. Lloraron sus quatro abuelos de gozo: toda la casa era un júbilo: dirvirtieronse aquella noche, y demás días que duraron las bodas, como se puede discurrir. Prosiguieron en su

santo matrimonio los dos consortes muy queridos el uno del otro: que lo certificó la ilustre descendencia que en Toledo dejaron en muchos hijos; permitido todo por el Cielo, y por la fuerza de la sangre que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre, y Cristiano abuelo de Luisico.

Dejó á todos los Tertulios el referido suceso pasmados, sin, sin acertar á ponderar los extraños lances: y las mugeres no hablaban sino por los ojos, y las narices, que en lagrimones, y mocos explicaban lo que sentian. El Hidalgo Benavides descansó un poco en tanto que acababan de admirar sus compañeros los sucesos tan especiales de la Historia; y yá recuperado de su trabajo, les dijo: vengo empeñado esta noche en tomarla yo solo por mia; y así, amigos, si hasta aquí el gusto que haveis tenido en oirme ha sido grande, espero no sea menos lo siguiente que os voy á contar sobre nuestro Don Quijote; porque si loco le dejamos en casa, recuperandose de aquella aventurada lluvia de palos, re-

rematado le verèmos esta noche con otras aventuras semejantes.

Quince dias estuvo en su casa Don Quijote curandose de la paliza del mozo de mulas, al parecer sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devanéos, en los quales dias pasaron preciosisimos cuentos con sus dos compadres, el Cura, y el Barbero, sobre que él decia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de Caballeros Andantes, y de que en él se resucitase la Caballería Andantesca. El Cura, algunas veces le contradecia, y otras concedia; porque si no guardaba este artificio, no havia como poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un Labrador vecino suyo, pobre, y de muy poca sal en la mollera, haciendole grandes ofertas, para que se fuese con él á buscar sus aventuras: tanto le persuadió, y le prometió, que el pobre villano se determinó salir con él, y servirle de Escudero. Deciale entre otras cosas Don Quijote, que se

dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganase en quitame allà esas pajas alguna Insula, y le dejase á él por Gobernador de ella.

Con estas promesas, y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el Labrador, dejó á su muger, é hijos, y fuese por Escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden de buscar dineros; y vendiendo una cosa, empeñando otra, y malbaratandolas, todas llevó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela, que pidió prestada; y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, aviso á su Escudero Sancho Panza del dia, y la hora que esperaba ponerse en camino, para que él tambien se aviase de lo que havia de menester. Salieron, pues, Don Quijote con su Rocinante, y Sancho con su Asno, y en el camino iban hablando de la dicha que le podria sobrevenir á Sancho de algun Gobierno, ó Reyno, que por medio de alguna aventura ganase D. Quijote. No será maravilla, amigo Sancho,

le decia D. Quijote, que viniese dentro de seis dias à mis manos algun Reyno, y que tuviese á él adherentes otros, y viniese de molde para coronarte por Rey de uno de ellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas, y casos acontecen á tales Caballeros por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. De esa manera, respondió Sancho, si yo fuese Rey por algun milagro de los que Vm. me dice, por lo menos Juana Gutierrez vendria à ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda? respondió Don Quijote. Yo lo dudo, respondió Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios Reynos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari-Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para Reyna. Condesa la caerà mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu à Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él la darà lo que mas la convenga, y tu no apoques tanto su animo.

En esto iban caminando, quando descubrieron treinta, ó quarenta molinos de viento: y así como Don Quijote los vió, dijo á su Escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí Sancho Panza donde se descubren treinta, ó pocos mas desaforados Gigantes, con quienes pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos à enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Qué Gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas. Mire Vm. respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son Gigantes, sino molinos de viento, y los que en ellos parecen brazos son las aspas, que bolteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son Gi-

Gigantes, y si tienes miedo, quitate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera batalla.

Diciendo esto, dió de espuelas á su Rocinante, sin atender á las voces que su Escudero Sancho le daba, advirtiendole, que sin duda alguna eran molinos de viento, y no Gigantes: pero él iba tan puesto en que eran, Gigantes, que ni oía las voces de Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades cobardes, y viles criaturas, que un solo Caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse; lo qual visto por Don Quijote, dijo: Pues aunque movais mas brazos que los del Gigante Briaréo, me lo haveis de pagar: y en diciendo esto, y encomendandose de todo corazon á su señora Doña Dulcinéa, pidiendola, que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió con todo el galope

de Rocinante, y en vistió con el primer molino; y dandole una lanzada en el aspa, la bolicó el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevandose tras sí al caballo, y al Caballero, que fueron rodando por toda la cuesta abajo.

Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y quando llegó, halló que no se podia menear. Tal fue el golpe que dió con el Rocinante. Valame Dios! dijo Sancho: No le dije yo á Vm. que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza; quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel Sabio Freston, que me robó el aposento, y los libros, ha buuelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento. Tal es la enemistad que me tiene: mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de

de mi espada. Dios lo haga, como puede, respondió Sancho Panza; y ayudandole à levantar, tornó á subir sobre su Rocinante, que medio despalado estaba. Dirigieron su camino àcia el Puerto Lapice; porque alli decia Don Quijote, que siendo lugar muy pasagero, no era posible dejar de hallarse diversas aventuras. Pero Sancho le dijo, que se enderezase un poco, que parece iba de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Asi es, respondió Don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los Caballeros Andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es asi, no tengo yo que replicar; pero de mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si yá no se entiende tambien con los Escuderos de los Caballeros Andantes eso del no quejarse. No se dejó de reír Don Quijote de la simplicidad de su Escudero: asi le declaró, que podia muy bien quejarse, como, y quando quisiese, con gana, ó sin ella, que

hasta entonces no havia leído cosa en contrario en la Orden de Caballería.

Aquella noche la pasaron entre unos arboles, y de uno de ellos desgajó Don Quijote un ramo seco, y puso en él el hierro de la lanza que se hizo pedazos. Sancho havia comido, y bebido bien: mas Don Quijote toda la noche la pasó pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que havia leído en sus libros, quando los Caballeros pasaban sin dormir muchas noches en despoblados, y florestas, entretenidos con las memorias de sus señoras. Pero Sancho, como tenia bien llena la panza, se llevó la noche de un sueño. Entraron al dia siguiente en el Puerto Lapice. Aqui, dijo Don Quijote, podemos, hermano Sancho, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: pero te advierto, que aunque me veas en los mayores peligros no has de poner mano á tu espada para defenderme, si yá no vieres, que los que me ofenden es canalla, y gente baja, que en tal caso bien puedes

des ayudarme: pero si fuere Caballero, en ninguna manera te es lícito, ni concedido por las leyes de Caballería, que me ayudes hasta que seas armado Caballero. Asi lo haré respondió Sancho Panza.

Estando en estas razones asomaron por el camino dos Monges Benitos á caballo en sus mulas. Traian sus auteojos de camino, y sus quitasoles. Detras de ellos venia un coche con quatro, ó cinco de á caballo, que acompañaban á una señora Vizcaína, que pasaba á Sevilla. No venian los Monges con ella, aunque iban el mismo camino: mas apenas los divisó Don Quijote, quando dijo á su Escudero: O yo me engaño, ó esta ha de ser de la mas famosa aventura que se ha visto; porque aquellos bultos negros que alli parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos Encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto, que los molinos de viento, dijo Sancho Panza. Mire señor, que

23
aquellos son Monges de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera. Mire, que digo, mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Yá te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaques de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás; y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los Monges venian.

Al llegar yá cerca los Monges, de manera, que á él le parecia le podian oír, dijo en alta voz: Gente endiablada, y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en ese coche llevais forzadas, si no aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de tan malas obras. Detuvieron los Monges las riendas, y quedaron admirados, asi de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las quales respondieron: Señor Caballero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos Religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos, si en ese coche vie-

vienen, ó no vienen algunas forzadas Princesas. Para conmigo, dijo Don Quijote, no hay palabras blandas, que ya os conozco, fementida canalla; y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baja, arremetió contra el primer Monge, con tanta furia, que si el Monge no se dejara caer de la mula, él le hiciera caer mal herido, ó muerto. El otro Monge, viendo lo que andaba, echó á huír, y eso le valió.

Sancho Panza, que vió en el suelo al Monge, apeandose ligeramente de su asno, comenzó á quitarle los hábitos, y todo lo que llevaba. Llegaron á este tiempo los dos mozos, criados de los Monges, y le preguntaron, por qué le desnudaba? Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legitimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote havia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, viendo, que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetie-

ron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces, y patadas, dejándole molido en el suelo, sin aliento, ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el Monge todo temeroso, y acobardado, y echaron á huír.

Don Quijote estaba hablando con la señora del coche, diciéndola: La vuestra fermosura, señora mia, puede hacer de su persona lo que mas le viniere en talante; porque ya la sobervia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, Caballero Andante, y Aventurero; cautivo de la sin par, y hermosa, Doña Dulcinéa del Toboso; y en pago del beneficio, que de mí haveis recibido, no quiero otra cosa, que bolvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y la digais lo que por vuestra libertad he fecho. El paradero de toda esta aventura se

re,

referirá en el Pasatiempo siguiente, y ahora vamos á divertirnos con algunos chistes graciosos, para ocupar el resto de la noche, que nos falta.

El Hidalgo Benavides, que havia tomado toda aquella noche por suya, se le ocurrieron chistes tan graciosos, que fue grande la diversion que en ella tuvieron los Tertulios. Empezó con un cuento de un Estudiante, no menos chistoso, que el que havia contado la noche antecedente, que por no haver havido lugar, le dejó para ésta. Hallabase cursando un Estudiante en Alcalá à tiempo que havia escasez de pan por toda aquella tierra. Escribió á su padre, dandole noticia de la estrechez, y hambre que padecian. Deciale, que no havia mas novedad, que estar alli el Pancaro, y que morian de hambre muchos. Llegó la carta á manos de su padre, quien la manifestó à todos los de la Aldéa, los quales debian de ser de mollera tan dura, que ninguno la entendió, por concebir en ella un error muy craso. Decian: qué será este *Pancaro*? Jamás oímos tal mons-

Tom. I.

truo. Sin duda debe de ser fiera tan carnícera, y cruel, que se traga la gente. Respondió el padre al hijo, que todos en el Lugar se havian quedado en ayunas de su carta, y hasta el tio Sebastian Pedrajas, de quien no dudaba era sabiendo en escritos de Latun, y Romance, se daba por las paredes por entenderla, y su cencia no le alcanzaba. Por quanto tomase el trabajo de aclarales la duda, que no percibian quien fuese el *Pancaro*; que les explicase, qué animal, ó fiera era el *Pancaro*, que así mataba á la gente: pues ellos jamás havian oído hablar de animal tan fiero.

El hijo, que era picaron, conociendo la simpleza de su padre, y compatriotas, les llevó el error adelante. Escribióles, como el *Pancaro* era una fiera voráz, y estraña, que donde entraba, todo lo asolaba. Lleva consigo una hija, mas voraz que el padre, que la llaman el *LA HAMBRE*. Algunos no la han visto; porque han hallado arbitrios, y medios como libertarse de ella; pero los que la han visto, di-

D

cen

cen ser un animal muy flaco, y agalgado, chupado de carrillos, y unos dientes muy agudos: los ojos saltados del casco, que con la misma vista todo la es poco, y todo lo quiere tragar. Por mucho que coma siempre está hambrienta: dan varios arbitrios los Correjidores, y Justicias, como ahuyentarla, à lo menos del País, porque es mucho el daño que hace: Dios quiera, si se consigue, que no vaya por allá: de lo que resultare avisaré. Hoy día la simplicidad de estos Aldeanos se ve muy burlada de los forasteros, que lo mismo es ver à uno de esta Aldéa, que mostrarles, y decirles: *Juanillo, ha venido à vuestro Lugar el PANCARO? Se ha visto en vuestra tierra el LA-HAMBRE?* Con que muchas veces desatinados, y furiosos, se han visto en terminos de perderse.

Celebróse mucho este chiste, y simplicidad, y ocurrió luego con otro el Hidalgo Benavides, diciendo: Como en una Aldéa hubo un grande pleyto entre dos vecinos sobre los daños que havia he-

cho un burro en un tejado. Fue el caso, que uno de ellos havia sacado porcion de basura de la caballeriza, y la havia amontonado inmediata à la pared de su casa; de manera, que havia sido tanta, que llegaba al tejado, por ser la casa muy baja. Tenia el tejado muy poblado de yerva: acertó el burro del vecino à ver la yerva, y subiendose por el monton de estiercol, la empezó à pacer. Hizo un destrozo muy grande en las tejas, que visto por su dueño, se querelló à los Alcaldes del daño. Vieronse perplejos estos al oír la queja, diciendo, que jamás havian oído semejante querella, ni tenian noticia de otro tal pleyto, ni que borrico alguno huviese hecho nunca tan extraño atentado. El vecino ofendido apuraba à los Alcaldes, que quanto antes le hiciesen justicia: pero como sus talentos no alcanzaban à decidirlo, se daban à componerlos amigablemente: mas nada bastaba à sosegar al agraviado: antes les amagó concluyesen con ello, que à no hacerlo, pasaria à estar con el Correji-

jidor. Hallabase en el Lugar un tuno Estudianton muy picaron. Supo lo que andaba en la Aldéa, y como los Alcaldes no acertaban á hacer justicia. Fuese á uno de ellos, y le dijo: Señor Alcalde, tengo entendido, que Vm. se halla con una causa muy peliaguda entre dos vecinos sobre un burro que ha destrozado el tejado de uno de ellos. El caso es arduo, y pocos del jaéz se encuentran en las Leyes: pero por lo poco que yo he visto en esta facultad, se me hará fácil el sentenciarlo. Alegróse mucho el Alcalde de haver encontrado tal hombre, por salir quanto antes de aquel ahogo. Pues, señor mio, manos á la obra: yo haré de Juez, como que vengo de la Audiencia enviado á decidir esta causa: para lo qual será preciso, que Vm. me busque un buen vestido de militar, con su cabriolé de algun amigo que Vm. conozca, y llamando los dos á Concejo, en forma de Tribunal, daré la sentencia conveniente, sin apelacion alguna, á no ser á Dios del Cielo. Quedaron en ello, buscóse el vestido, y el ca-

abriolé, con peluca, y espadin, todo de rico paño. Aparecieron en Concejo al dia siguiente los dos litigantes; y puesto en Tribunal el Juez fingido con los Alcaldes á su lado, hicieron cada uno de los dos sus propuestas; y enterado de ellas el Juez, dijo: Señor Francisco Cornejo (que así se llamaba el dueño del burro) la causa que este hombre le hace á Vm. es justa, y que Vm. está obligado á mejorarle los daños que su borrico ha hecho en su tejado: así lo atestiguan las Decretales á la Ley 25. Clementinas, Ley 17. y un monton de Autores, que no cito, por no ser prolijo: pues todo hombre humano está obligado á la restitution de todo daño; pero hay que advertir, que como las Leyes se hicieron para los hombres, y por tales son humanas, para decidir este arduo, é intrincado pleyto, es necesario recurrir á otras de mas superior gerarquía, no muchos de los Legistas las estudian: y así, digo, que el señor Martin Veredas (que así se llamaba el dueño del tejado) no tiene derecho á lo que pide: por quan-

to decido , justifico , y doy sentencia , que por haver sido el daño en el referido tejado , no està obligado el señor Francisco Cornejo á satisfacerle , ni yo á juzgarle , sopena de no juzgar yo como debo , y someterme en Tribunal ageno : *pues yo unicamente puedo juzgar de tejadas abajo , y solo Dios de tejadas arriba.* Agradó mucho la sentencia , y el tuno fue grandamente agasajado de los Alcaldes. Llevaronle á su casa , dieronle bien de comer , y quando vió la suya se escapó con el vestido , y el cabriolé , dejandoles en rehenes unas bayetas muy raídas.

Mucho se aplaudió el pleyto del borrico , y no menos la burla , y truhanada del Estudiante , llevandose el vestido en pago de su Judicatura. Salió luego con otro el señor Benavides de unos Arrieros Andaluces. Venian estos con aceytuna , y pasa para Madrid , quando encontraron un coche de Damiselas , y varios Escuderos que las acompañaban. Uno de ellos , que era muy pequeño en la estatura , se separó de los del coche , adelan-

tandose en un caballo à prevenir la posada en un Lugar que de alli estaba inmediato. Llegaron á encontrarse los Andaluces Arrieros con los del coche , y uno de los Escuderos preguntó á uno de ellos : Si iba muy distante de alli un Caballero montado en un caballo ? A lo qual respondió el Andaluz , muy fundido , y picaresco : *No he visto á tal criatura.* El Escudero le tornó á preguntar : Mirelo usted muy bien , que no puede menos de haverle encontrado. El Arriero , yá algo atufado , le dijo : *Señor mio , Vm. ha sido Escribano , que tantas preguntas hace ? Yá le he dicho , que no le visto. Solo hemos encontrado abí abajo un caballo solo , y sin mozo , que lleva sobre la silla un sombrero , y unas botas colgando á los lados de misma silla. Si allí va invisible , ó encantado ese Caballero Vm. lo sabrá.*

Sin dar lugar á celebrar la fanfarronada , y bufonada del Andaluz , ocurrió Benavides con otro chiste. Havia un Abogado feo , y romo , de suerte , que apenas tenia nariz. Por estar la letra oscura tro-
pe-

pezaba mucho en la lectura de un papel que le havia mandado leer la Audiencia. Se persuadieron los Oidores; que el defecto en leer era por falta de vista: uno de ellos, que tenia mas nariz de la que era necesaria, dijo: *No hay quien preste unos anteojos á ese Abogado?* Replicó pronto éste: *Nada hacemos con que me presten anteojos, señor: es necesario, que V. S. me preste lo que le sobra de nariz, para ponerlos.* Otro Abogado, que era tuerto, y siempre traía puestos los anteojos, estaba para orar en cierta causa, empezó diciendo, que aunque pareceria acaso algo polijo, no expondría cosa alguna, que no fuese necesaria. Oíalo la parte contraria, al punto le echó esta pulla: *Pues, señor Abogado, si lo que Vm. va á exponer al público ha de ser cosa que sea precisamente necesaria, quitad luego uno de los vidros de vuestros anteojos, que para nada es necesario.*

Dió lugar el Hidalgo Benavides á celebrar estos dos chistes con el pasado, y luego salió con otros dos. Habia un finchado Portugués, refe-

ria este con la exagerada acostumbrada ponderacion, que suelen los de esta Nacion, á un Castellano picaron el sentimiento, y demostraciones que hizo su Rey por la muerte de un hijo, á quien amaba mucho. A cada demostracion que decia el Portugués, el Castellano, como que no le parecia grande, le preguntaba: *Y no hizo mas que eso?* Satisfacia el Portugués con otra demostracion mayor; y repetia el Castellano: *Y no hizo mas?* Havialas subido bien de punto; y con todo, el Castellano socarron y picaro, le volvió á preguntar: *Y no hizo mas?* Yá el Portugués, enfadado de sus preguntas, le dijo, *E qué quiere mas Vuco? Fará otro tanto ú Rey de Castela?* *Ainda mas fará,* dijo el truhan del Castellano. Entonces, irritado el Portugués, y saliéndolo fuera de sí, dijo: *Fará mucha Mer...* Reportese Vm. le dijo el Castellano con un ademán muy sumiso y picaron: á que el Portugués respondió alborotado: *Naon fizo mas? Naon fizo mas? Naon fizo mas? Castesao. A nada se*

se alteraba el truhan del Castellano, y con la misma socarronada que antes, le bolvió á preguntar. *Y qué mas fixo?* *Qué mas fixo?* dijo el Portugués *Mandou, que en todo su Reyno ninguien creesa en Deus en tres anos; porque Deus dá aqui adiante sepa como se ha de portar con os Reis de Portugal: é sepa tambien, con que persoas se zumba.* Y buelto al Castellano, le dijo: *E teés mas que preguntar, Castesao de Mer..?*

Havia en un Arrabal de Madrid uno que vivia en una Casa de vecindad, el que era dado al vicio del vino, y todas las noches se embriagaba, y havia tomado por estrivillo el zurrar à su muger, la que era buena Christiana, y llevaba con mucha paciencia las zurras que continuamente la daba su marido embriagado, y como en las casas de vecindad no falta quien aconseje, la decian unas vecinas que porque havia de su sufrir à un marido borracho, que continuamente la zurrase, y diese tan mala vida, que si queria entrarian, y la librarian de tanto castigo, y molestia como la

daba; á lo que no condescendió por considerar, si por esto le vendria mayor daño; pero una de ellas, que era bastante truana le dijo no era necesario que llamase á nadie, para que él no se quejára de esto, sino es que podia decir, como tenia de costumbre, sea por amor de Dios, y por su santa Pasion, y las demás cosas buenas que solia decir, y finalizar con las tres Marias me valgan, y que entonces entrarian ellas, y veria el buen efecto que esto havia de producir, haciendolo de modo que no le quedase el menor recelo de conocerlas ni saber quien eran, la muger viendo su buena intencion, y deseo de aliviarla en sus trabajos, se conformó, y determinaron para la noche siguiente las tres vecinas el disfrazarse, y habiendo llegado esta, y venir como acostumbraba, el marido empezó á tomarla con la muger, y zurrarla, la que empezó con las exclamaciones que siempre decia, viniendo à parar estas en decir las tres Marias me valgan. Las vecinas que estaban yá prevenidas, y oyeron la seña, en-

entran con el disfraz, que tenían prevenido, sin hablar una palabra, le dieron tal zurra entre las tres, que si la muger no las modera, metiendose en medio, dan fin con el borracho, y solo con palabras desentonadas, le dijeron, de gracias á Dios, y á los ruegos de su muger, que sino fuera por estos, no quedaria para contarle, y se salieron del quarto; la pobre muger se halló muy afligida, procurando el recogerlo, y meterlo en la cama, considerando que la zurra havia sido demasiado excesiva, llamó á un Cirujano, el que luego que le vió lleno de Cardenales, preguntó, que de que havian procedido; hallandose perplejos marido, y muger para responderle; pero él que yá se havia espavilado, con la gran zurra que tenia en el cuerpo, le dijo al Cirujano, Vm. sangre, ó haga las medicinas necesarias; porque esto no es otra cosa, que un milagro, por tener una santa por muger, al Cirujano esto no le satisfacía para sangrarlo, y que era la medicina precisa, que mas le convenia; y viendo lo

perplejo que este estaba, le dijo: mire Vm. sangreme, y no se detengan que esto no es otra cosa, sino es que por largo tiempo ha, he tenido la costumbre de tomarme un poco del vino por las noches, y como me havia de entrar por hablador, por baliente, ú otras cosas, me entraba por zurrar á mi muger, lo que ha llevado con gran paciencia, hasta que Dios se ha cansado de sufrirme, y esta noche, entre sus buenas palabras, llenas de paciencia, y amor de Dios la oí decir, las tres Marias me valgan, lo mismo fue nombrarlas, que entraron, y me pusieron como Vm. vé, y por despedida me dijeron que diera gracias á Dios, y á mi muger, que sino fuera por sus ruegos, no quedaria para contarle; pero mi fortuna ha sido el tener una muger Santa, que si como invocó á las tres Marias, que ya vé Vm. como me han dejado, huviera invocado á las once mil Virgenes, Señor Cirujano, me huvieran dejado sin pellejo, ni habla para poderlo contar: Vm. sangreme, que á mi no me queda que hacer mas que

que mudar de vida, y venerar
à mi muger como à una Santa,
y vivir en esta forma hasta la
muerte.

Mucho alborotaron estos
dos chistes à todos los Tertu-
lios; pues todos à carcajadas
se levantaron de los bancos, y
dandose por las paredes, y los

suelos de risa, no acertaban à
salir de la cocina, durando el
festejo, y la repetición del
cuento mas de un quarto de
hora: hasta que yá sosegados,
cada uno se fue à su casa, sin
ser libres el poder contener la
pasion de su risa por las calles,
y en toda la noche.

FIN

